

*PSICOLOGÍA HISTÓRICA DE LA AUTOCONCIENCIA: ELEMENTOS
DE (Y PARA) UN DEBATE*

GABUCIO, F., LICHTENSTEIN, F.
Universidad de Barcelona

RESUMEN

En el prefacio a su libro sobre «La mirada mental» A. Rivière y M. Núñez (1996) citan un libro de M. Detienne y J.P. Vernant titulado «Las artimañas de la inteligencia. La metis en la Grecia antigua». La cita sirve a la reflexión de fondo con la que se abre el libro, cuyo objetivo es explorar y revisar la investigación cognitiva reciente sobre la llamada «teoría de la mente». La afirmación a la que sirve de apoyo esa referencia es ésta: «En (el mundo occidental) ha predominado sistemáticamente el interés por la primera de las dos formas de inteligencia, a las que los griegos designaban con los nombres de *ἵσος* y *ἡμεῖς*. Puede concebirse aquélla como una inteligencia parmenídea, la relacionada con la capacidad de organizar un mundo abstracto, estático e impersonal de relaciones invariantes. Ésta, como una inteligencia -una forma de conocer- heraclítica y dinámica, mucho más ligada a los contextos interpersonales y prácticos, relacionada con la sagacidad y las capacidades que se ponen en juego en las complejas y veloces interacciones entre personas. La inclinación estática y parmenídea del pensamiento platónico es uno de los factores que explican la propensión del pensamiento occidental a desatender, cuando no a despreciar, aquellas capacidades cognitivas que sirven de fundamento a las competencias sociales (Detienne y Vernant, 1988)». En el resto del libro no se vuelve a analizar más ni a replantear en ningún momento esa consideración histórica a la que remite el libro citado. La pregunta

que aquí nos hacemos, a modo de excusa para abordar ciertas cuestiones del orden de la relación entre lo histórico y lo psicológico, es ésta: ¿se trata de una cita meramente ornamental, de un apoyo conveniente para un argumento inicial que puede luego ser olvidado sin mayores problemas para el tema del libro? ¿O hay una materia sustantiva que permite enlazar temas y problemas de explicación histórica con temas y problemas de explicación psicológica más allá de la referencia fundamentadora hecha de pasada? Lo que aquí nos proponemos es sugerir, y hasta donde sea posible mostrar, que éste último es más bien el caso. Si es así, entonces la cita de Rivière y Núñez es sobre todo un síntoma de un estado de cosas que va mucho más allá de su aproximación a la teoría de la mente. Este estado de cosas podría enunciarse sumariamente como el salto, por encima de la historia, de la filogenia a la ontogenia.

Palabras clave: Psicología histórica, teoría de la mente, inteligencia interpersonal, psicologización.

ABSTRACT

In the preface to their book titled «La mirada mental» A. Rivière and M. Núñez (1996) quote a M. Detienne and J. P. Vernant's book, *Les ruses de l'intelligence* (1974). This quotation constitutes the background reflection to open the book whose goal is to explore and to review the more recent cognitive research about «theory of mind». The reference serves to this assertion: «In (the western world) the interest for the first of the two forms of intelligence the greeks named 'nôus' and 'mêtis' has dominated. We can conceive 'nôus' as a parmenidean intelligence, it is related with the possibility to organize an abstract, static and impersonal world of invariants relations. 'Mêtis' is conceived as an intelligence -a way of knowing- heraclitean and dynamics, much more intertwined with practical and interpersonal contexts, where shrewdness and fast and complex interrelations works. The Plato's preference for parmenidean and static thinking is one of the reasons for the western thinking to neglect those cognitive capacities that ground social abilities (Detienne and Vernant, 1988)». This historical consideration doesn't come back in the aforementioned book. As we want to suggest some problems about the relation between history and psychology, our question here es this: ¿is that quotation a mere ornament or are there substantive matter to relate issues and problems of historical kind with those of psychological explanation.

We suggest that this last is the case. Then, the quotation made by Rivière and Núñez is a symptom of the state of the art that we could enunciate as the jump, above history, from philogenesis to ontogenesis.

Key words: Historical psychology, theory of mind, interpersonal intelligence, psychologization.

En un trabajo anterior (Gabucio, 2000) notamos la similitud y el paralelismo existente entre las descripciones hechas por Nicholas Humphrey, por una parte, y por Norbert Elias, por otra, con respecto a sus respectivos sujetos de indagación. En el primer caso, inespecíficamente, ciertos antropoides y su continuidad en el linaje humano eran descritos como *homo psychologicus*, seres calculadores de su propia conducta en relación a los demás y anticipadores del comportamiento de los congéneres. En el segundo, Elias describía la estructura social de la corte absolutista francesa como un caldo de cultivo que propició la *psicologización* de las relaciones personales y, de nuevo, el desarrollo de habilidades de cálculo interpersonal de una manera que las hacía aparecer como históricamente novedosas. Nos limitamos a señalar poco más que la «curiosa coincidencia» que suponía esa similitud en las descripciones de sujetos psicológicos tan alejados entre sí, y sugerimos que no estábamos haciendo otra cosa que establecer una «analogía remota».

En un trabajo posterior (Gabucio, 2003) nos interrogamos acerca del sentido de plantear una especie de «historia de la mente». Esa expresión, que tomábamos del título de un libro del mismo Humphrey (1992) y del subtítulo de un libro de Draaisma (1995), pretendía captar la idea de que el desarrollo histórico llevaría aparejados no únicamente cambios en los contenidos del pensamiento, una idea que en modo alguno puede sorprender a nadie, sino cambios en los modos de pensamiento entendidos éstos como implicando también aspectos estructurales, algo que significaría, en palabras de Goody (1977), disolver parcialmente las fronteras entre «capacidades y representaciones», algo que, por el contrario, puede sorprender demasiado a demasiada gente. La expresión de «historia de la mente» es seguramente demasiado deudora de la tradición empirista (A. Rosa, comunicación personal) como para resultar apropiada a los fines perseguidos. Pero lo que tratábamos de hacer entonces era básicamente entender el alcance de ese tipo de cambio tal como venía sugerido en el trabajo de Olson acerca del «impacto de la escritura y la lectura en la estructura del conocimiento» (Olson, 1994). Concluíamos que la aproximación de Olson y su noción de «historia

de la cognición» no sólo tienen sentido sino que además, y quizá sobre todo, proporcionan sentido y amplían las esferas de lo psicológico.

Lo que aquí vamos a exponer tiene una continuidad, esperamos que clara, con esos dos trabajos precedentes. Se trata de continuar en el empeño de calibrar lo fructífero de una aproximación histórica (o de aproximaciones históricas, en plural) al ámbito de lo psicológico. En esta ocasión, la pregunta de partida es algo más específica y circunscrita: ¿hay alguna justificación para suponer que lo que se llama «teoría de la mente» tiene también alguna dimensión histórica? Para Olson (op. cit.) está claro que sí. El capítulo 11 de su libro trata de «La representación de la mente: los orígenes de la subjetividad», y trata de demostrar que «podemos abrigar alguna esperanza de poder explicar los orígenes de la subjetividad en un nuevo modo de leer y escribir y en una nueva comprensión del lenguaje y el pensamiento» (op. cit. pp. 262). Pero no está ni mucho menos claro que otros estudiosos de la teoría de la mente asuman una perspectiva similar a la suya. Lo contrario, creemos, es probablemente lo más frecuente. Así que la estrategia a seguir aquí no va a ser la de perfilar cómo se sustenta la idea de que la llamada «teoría de la mente» tiene una dimensión histórica, siguiendo, por ejemplo, a Olson (op. cit.) -asunto que ha discutido con gran finura Siguan (2002)-, o comparando los supuestos de la *psicologización* descrita por Elias (1977) con los de la «teoría de la mente», sino la de ver cómo se niega o se ignora esa dimensión y, en concreto, cuáles son algunos de los supuestos que parecen hacerla innecesaria. Vamos a tomar como interlocutor para plantear cuestiones y ampliar la discusión un trabajo de Angel Rivière (2000, reproducido también en Rivière, 2003; nota 1). En ese trabajo, que es una síntesis personal del «estado de la cuestión», se organizan, exponen y evalúan los desarrollos de la investigación dedicada a la «teoría de la mente y metarrepresentación». Importa destacar que es un trabajo de revisión pero que, simultáneamente (y esto, en realidad, es obvio) expresa un determinado punto de vista acerca del tema que trata. Aquí va a interesarnos precisamente ese punto de vista. En modo alguno podemos sintetizar el conjunto de lo que se expone, distinguir la descripción de las investigaciones que se revisan de ese punto de vista en el que se conjugan, y «dialogar» a la vez con ambas dimensiones. Así que vamos a ir directamente al «punto de vista» y vamos a hacerlo en relación a la pregunta que aquí nos hacemos -y que ahora debemos reformular así: ¿contempla, incorpora o reconoce ese trabajo de Angel Rivière alguna dimensión que pudiéramos llamar histórica en relación a lo que se denomina teoría de la mente?

La respuesta parecería ser un «más bien no», o incluso un rotundo no. Intentaremos mostrarlo con un análisis completamente parcial en el que vamos a destacar, del conjunto del escrito, únicamente los aspectos que conciernen a nuestra pregunta.

Rivière (2000, pp. 296) se alinea claramente en el lado de quienes entienden la teoría de la mente desde la perspectiva de la "metáfora del lenguaje", frente (o aparte) a quienes la entienden desde la "metáfora de la ciencia". Y señala cuatro características distintivas entre ambos enfoques. Los investigadores de la teoría de la mente desde la "metáfora del lenguaje", a diferencia de los que, en cambio, asumen la "metáfora de la ciencia", 1º) la entienden más como un sistema de procesamiento que como sistemas de creencias sustantivas sobre el mundo; 2º) tienden a poseer una perspectiva más innatista, como neochomskianos que serían, mientras que los contendientes teóricos serían más constructivistas; 3º) interpretan que la teoría de la mente funcionaría "de forma completamente automática, 'compulsiva' e inconsciente", a diferencia de quienes postulan que poseer teoría de la mente requiere conciencia explícita de las representaciones propias y ajenas; 4º) asumen un "carácter autónomo y relativa o completamente independiente ('modular') de la teoría de la mente", frente a supuestos que la entienden como similar a otras representaciones acerca del mundo. "Si tuviéramos que decirlo en dos palabras -continúa Rivière, pp. 297-, diríamos que, para la metáfora de la ciencia, la teoría de la mente es esencialmente un sistema de creencias. Para la metáfora del lenguaje, es sobre todo un sistema de procesamiento".

Más adelante, en el intento de dibujar la propia posición en el conjunto de los estudios sobre teoría de la mente, Rivière va a desmarcarse de la posición más netamente modularista, la de Leslie (1987, 1988). Considera, sobre el fondo de una cuidadosa ponderación de razones, que aquí ni siquiera intentamos resumir, y aún rescatando alguna valiosa idea, que "la impronta 'modular' es probablemente excesiva en él" (op. cit. pp. 314). Y expresa su crítica a tal concepción fuertemente modularista: "La teoría de la mente es un subsistema de pensamiento especializado en la codificación, inferencia, interpretación, predicción y explicación de las conductas de miembros de la propia especie, ante todo, y de otras conductas de otros organismos (e incluso, de fenómenos naturales) de forma derivada y frecuentemente impropia". Y concluye: "Si es un subsistema de pensamiento, no puede ser estrictamente modular" (op. cit. pp. 314).

A partir de ahí (pp. 314), tras una espléndida revisión del tema, y hechas las salvedades, críticas y comentarios pertinentes respecto de muchas de las investigaciones ajenas sobre el tema, pasa a exponer la teoría propia. La idea fundamental de la misma es ésta: "un aspecto central del desarrollo de las competencias de crear significantes en el niño consiste en la elaboración progresiva de *niveles de suspensión* cada vez más complejos y poderosos que permiten construir representaciones y simulaciones que van implicando, a lo largo del desarrollo, posibilidades crecientes de: 1) referencia semiótica,

2) autonomía funcional del plano de los significantes y 3) expresividad de los sistemas de representación" (op. cit. pp. 314-5). Pero, aunque pueda parecer sorprendente, nosotros no vamos a ocuparnos aquí del modelo que empieza a perfilarse, por la sencilla razón de que no es ahí donde más explícitos son los comentarios con respecto a la potencial historicidad que quepa atribuir a la teoría de la mente (aunque alguno, que luego recogeremos, hay). De manera distribuida, a lo largo del trabajo, en diversos comentarios, es donde Rivière hace las consideraciones de las que desprendemos su posición claramente reacia a reconocer papel alguno a un desarrollo histórico de la teoría de la mente. Después de haber visto, aunque sea fugazmente, su alineación teórica con quienes propugnan la "metáfora del lenguaje" para la teoría de la mente, lo cual es ya una expresión teórica definida, pasamos ahora a entresacar las afirmaciones que van justamente en contra de esa otra dirección, la de reconocer un margen de desarrollo histórico a las competencias mentalistas, a la "mirada mental" (Rivière y Núñez, 1996). Creemos que, puestas todas juntas, no dejan mucho lugar a la duda. Permitásenos ensartar citas, sin más:

"A pesar de su humildad aparente y de su trivialidad manifiesta, esa teoría de la mente ha tenido un éxito enorme en la regulación cotidiana de los intercambios sociales y la predicción idiográfica de las conductas ajenas, al menos desde que tenemos noticias por escrito de cómo ven la conducta humana los propios *sapiens sapiens*" (op. cit. pp. 289).

"En mi opinión, el poeta griego Teognis de Megara, alrededor de seiscientos o setecientos años antes de Cristo, tenía en un sentido profundo la misma teoría de la mente que tiene el autor de estas páginas —aunque no necesariamente los mismos criterios morales—..." (op. cit. pp. 300-1).

"Tanto proust como Swann, Ali Mohammed como el señor Simpson, Teognis de Megara como un noble español del XVII, 1) tienen y reconocen cualitativamente sentimientos tales como los celos y la envidia, 2) cualifican negativamente esa clase de sentimientos, 3) integran las nociones que los representan en sistemas integrados de nociones que sirven para explicar y predecir la conducta" (op. cit. pp. 303).

"De foma semejante a como todos los lenguajes adultos, como el griego clásico y el castellano actual, contienen elementos léxicos que pertenecen a categorías gramaticales tales como las de 'sustantivo' o 'verbo' (...) todos los sistemas conceptuales mentalistas, el de Teognis de Megara y el mío, contienen elementos conceptuales que pertenecen a las clases metarrepresentacionales de las creencias y los deseos" (op. cit. pp. 302).

"En suma: los verbos mentales, el sistema conceptual de la teoría de la mente, definen diversas clases de relaciones intencionales entre las personas y sus representaciones, cualificadas en términos de dimensiones como la actualidad, el tiempo, la simulación, la verdad, la certidumbre, la dirección

de ajuste, etc. Esas dimensiones son, muy probablemente, universales e independientes de las culturas y de los sistemas léxicos en que se proyectan, de formas diversas, en las diversas lenguas" (op. cit. pp. 319).

No quisiéramos tampoco producir, con esta parcial selección de citas, la impresión de que esa posición contraria a reconocer margen alguno al desarrollo histórico -y a la variación cultural- de la teoría de la mente carece de cualquier matiz en esta dirección. Se admite que "el sistema conceptual básico que sirve para interpretar las acciones humanas es metainterpretado por la propia cultura y modulado en su funcionamiento por valores culturales" (op. cit. pp. 303). Pero inmediatamente se análoga esa modulación con la que pueda existir entre vocabularios de color y discriminación de color, lo que no es sino otro fuerte argumento a favor de las tesis universalistas. Dicho de otra manera, el matiz no hace que salgamos del mismo puerto, simplemente hace el puerto un poco más grande: "es posible aceptar la existencia de un sistema universal y abstracto de categorías mentales que subyacen a las muy diversas formulaciones sobre lo mental moduladas explícitamente por los diferentes lenguajes y culturas" (op. cit. pp. 304).

Nos parece que las citas elegidas son suficientemente elocuentes por sí mismas, al menos para que cumplan aquí el sencillo papel que les asignamos: evidenciar cómo una determinada interpretación de la teoría de la mente prescinde de asignar nada que no sea un papel meramente residual a los componentes histórico-culturales de ese aspecto, crucial sin ninguna duda, del comportamiento humano: interpretar la conducta propia y ajena. Esta claro que para la posición teórica de Rivière el *homo psychologicus* de Humphrey es fundamental y, en cambio, los procesos de *psicologización* descritos por Elias no serían probablemente más que una especie de espejismo teórico (fácil de entender, por otra parte, si se tiene en cuenta el origen filogenético de la propia mirada mental, aunque difíciles de justificar si se entienden como notas distintivas y novedosas de un determinado momento y contexto histórico).

Si el objetivo, modestísimo, de ver si Rivière (op. cit.) deja algún margen significativo para componentes histórico-culturales en la explicación de lo que es la teoría de la mente puede considerarse contestado, queda en cambio, dando un paso más allá, preguntarse por los supuestos teóricos que hacen viable o inviable, con sentido o sin él, la pregunta misma acerca de la historicidad de la teoría de la mente. En lo que aparece como resumen inicial de este trabajo (y que es sin duda más una especie de anticipo a cuenta que un resumen de verdad) nos interrogamos acerca del papel teórico que pueda cumplir la cita del trabajo de Detienne y Vernant (1974) en el libro de Rivière y Núñez (1996). La razón es muy sencilla: el estudio de Detienne y Vernant es una investigación de la noción de *metis* en la Grecia

antigua y, como tal, un estudio de *psicología histórica*. No lo decimos nosotros. Lo dicen los propios autores:

"Nuestro trabajo es, en ciertos aspectos, un estudio de vocabulario, un análisis del campo semántico de *metis*, de su coherencia, de su admirable estabilidad a lo largo de todo el Helenismo. Nuestro estudio toca, en otros puntos, la historia de la técnica y de la inteligencia aplicada, tal como se manifiesta en el buen hacer del artesano; conlleva capítulos enteros de análisis mitológico y de desciframiento de las estructuras del panteón. Depende, en fin, de la *psicología histórica*, puesto que intenta aprehender —en todos los estadios de la cultura griega y en los diversos tipos de obras en los que se encuentra inmersa— *una categoría importante del espíritu ligada a condiciones de lugar y de tiempo*; procura precisar su modo de organización y de acción, la serie de procedimientos con los que opera y las reglas lógicas implícitas, a las que obedece. Hablamos de una categoría mental, no de una noción" (op. cit. pp. 10-11; énfasis nuestro).

Entonces, cuando Rivière y Nuñez (1996) inician su libro sobre "La mirada mental" haciendo notar lo sesgada que viene estando la psicología científica que se concentra exclusivamente en la inteligencia como "nôus" («inteligencia abstracta, estática e impersonal de relaciones invariantes»), y olvida la "mêtis" (ligada a contextos interpersonales y prácticos, astuta, que busca éxito en los más diversos ámbitos de acción), y encuadran el estudio de la mirada mental, es decir, de la teoría de la mente, en el marco de esta última... cometen un pecado (venial, desde luego) de incongruencia (sí, como parece, luego se despliega una posición eminentemente biologicista como la que hemos entresacado del trabajo comentado de Rivière, 2000). Por supuesto, nadie está libre de pecados de incongruencia, y, además, cada cual es libre de citar trabajos en el sentido que le parezca oportuno. Por eso, lo que aquí nos interesa no es tanto notar esa pequeña incongruencia, como detectar las ideas que puedan estar funcionando como verdadero obstáculo teórico que impide reconocer algún lugar para una aproximación histórica a la cognición. El asunto es, sin duda, complejo y espinoso. No ignoramos que el propio Olson (1994), que ha trabajado muy fructíferamente en la línea de conectar la explicación psicológica con la histórica, es consciente de estas dificultades (nota 2). El «problema», aquí, no puede más que ser señalado con el dedo. Así que aquí vamos a limitarnos a apuntar dos de esos obstáculos. El primero, y seguramente más hondo, y por tanto más difícil de abordar, es el supuesto según el cual la psicología, y de manera especial, parece, la psicología cognitiva, no tiene nada que aprender de la historia. En el resumen inicial lo hemos formulado como el salto, por encima de la historia, de la filogenia a la ontogenia: parece que todos los aspectos del desarrollo que conciernen

de un modo significativo a la psicología son el desarrollo filogenético y el desarrollo ontogenético, pero no el desarrollo histórico. Las voces que se alzan contra esta idea son extraordinarias (Blanco, 2001; nota 3). Esto no es algo que se limite, desde luego, a la teoría de la mente.

El segundo obstáculo sí queremos formularlo en el contexto de la discusión previa sobre la teoría de la mente. Uno de los puntos de discrepancia entre estudiosos que Rivière (2000) recoge se refiere al que existe entre los defensores de la "teoría de la teoría", que entienden la actividad metarrepresentacional como actividad teórica, por así decir, y los defensores de la idea de «simulación», para los que el hecho de que "las vidas transcurran como novelas" se debería fundamentalmente al acceso a los propios estados mentales y a la identificación empática con los otros. Rivière no ve incompatibilidad entre ambas aproximaciones y encuentra muy difícil negar que en la actividad mentalista participen procesos de "simulación". Lo expresa defendiendo la solidez (¿indiscutible?) de supuestos como los siguientes: 1) "El otro es como yo. La estructura esencial de su experiencia interna es como la estructura esencial de la mía. Si yo tengo deseos, sentimientos, creencias, recuerdos, intenciones, él tiene intenciones, recuerdos, creencias, sentimientos, deseos", 2) "los contenidos de esos estados intencionales no tienen por qué ser como los contenidos de los míos. De este modo, la estructura de su experiencia es esencialmente idéntica a la estructura de la mía, pero los contenidos son distintos. Su experiencia es su experiencia. No la mía". Estructura de la experiencia por una parte, y contenido de la experiencia por la otra. ¡Pero ésa es precisamente la misma distinción dicotómica que algunos defensores de una aproximación histórica al orden de lo psicológico han puesto en duda! Esa es exactamente la frontera rígida, perfectamente dibujada, infranqueable, entre capacidades y representaciones que Goody (1977) y Olson (1994) sugieren disolver, al menos parcialmente. Por otra parte, así presentados, los supuestos de la teoría de la mente adquieren el rango de categoría natural y, por así decir, se atrincheran en sí mismos (una idea que me ha hecho ver T. Fernández, comunicación personal; véase también, al respecto, Blanco, 2001).

Cuando calificamos esa idea de obstáculo teórico estamos juzgando al asunto, evidentemente, desde un punto de vista historicista. Pero lo que, en cualquier caso, importa es señalar que ése parece un verdadero nudo gordiano -un punto de separación, una fricción esencial, un gozne- entre aproximaciones de inspiración biológica y cultural-histórica al comportamiento humano. Esto que, de algún modo, fue subrayado en un trabajo anterior (Gabucio, 2003), visto desde el lado de lo que pone de manifiesto el estudio de la relación entre cognición y escritura para Olson (1994), es ahora "confirmado" también como un punto crucial para el "otro lado", para la posición teórica de Rivière (2000) con respecto a la teoría de la mente. Pero esto, que aquí se

presenta como la aclaración que surge de este trabajo, hay que reconocer que estaba ya perfectamente claro para el propio Rivière. La misma distinción que aquí enunciamos entre capacidades y representaciones como nudo gordiano corresponde a la que el propio Rivière trazaba y que ha sido ya antes recogida: "Si tuviéramos que decirlo en dos palabras, diríamos que, para la «metáfora de la ciencia», la teoría de la mente es esencialmente un sistema de creencias (representaciones). Para la «metáfora del lenguaje», es sobre todo un sistema de procesamiento (capacidades)" (Rivière, 2000, pp. 297; los añadidos entre paréntesis son nuestros). Podría inferirse de esto que hemos estado jugando una partida en la que ya sabíamos el final, que no hubiéramos necesitado más que adscribir a Rivière a la «metáfora del lenguaje», como él mismo hace, y a Olson a la «metáfora de la ciencia» y hubiésemos tenido, ya desde el principio, la conclusión. Pero el asunto es algo más complicado. Por la sencilla razón de que no es posible adscribir a Olson (op. cit.) a la «metáfora de la ciencia». Y esto porque para este investigador la ciencia misma es sólo posible cuando aparecen, en el siglo XVII, nuevas formas de *lectura* de la naturaleza que en muy buena medida están derivadas de las nuevas formas de lectura de las escrituras sagradas, de la Biblia. Así, mal puede una «metáfora de la ciencia» dar cuenta de formas de representación previas a la ciencia misma -salvo invadiendo abusivamente el territorio, claro. Además, el tema se amplía porque están conjuntamente implicadas tanto la representación de la subjetividad como la representación del mundo. Así que esto tendrá que quedar para una ocasión futura.

Notas:

(1) Elegimos ese trabajo porque nos parece particularmente idóneo para los propósitos perseguidos, pero entendemos que el trabajo de Rivière y colaboradores sobre teoría de la mente es mucho más amplio y rico que lo que la síntesis elegida pueda hacer pensar. Sin embargo, el objetivo aquí no es, ni remotamente, evaluar y dialogar con el conjunto de esas investigaciones. Todas las citas que hacemos proceden de la edición de 2000.

(2) Astington (2000, pp. 6) recuerda, al respecto, el título que Olson dio a su escrito con ocasión de un doctorado honoris causa: "Writing and the mind: Extravagant theories and modest facts" (Olson, 1997).

(3) Teníamos la intuición de que este trabajo está en deuda también con el escrito citado, Blanco, 2001; hemos releído ese texto buscando el origen específico de la deuda y lo que hemos encontrado ha sido, más que el papel del pagaré, abundantes y variados motivos para la inspiración. Pero, puestos a reconocer una firma, ésta cumpliría los propósitos a la perfección: «Resumiendo, podemos decir que si no queremos abrir un abismo indescifrable entre la filogénesis y la historiogénesis tenemos que asumir que ni las psicologías espontáneas son tan naturales ni las teóricas tan artificiales».

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Astington, J. W. (2000). Constructivist to the Core: An Introduction to the Volume. En J. W. Astington (Ed), *Minds in the Making. Essays in Honor of D. R. Olson*. Malden, Ma: Blackwell.
- Blanco, F. (2001). Objetos en acción. En R. Rosas (ed), *La mente reconsiderada. Un homenaje a Ángel Rivière*. Santiago de Chile: Psyché
- Detienne, M., Vernant, J. P. (1974/1988). *Las artimañas de la inteligencia. La metis en la Grecia antigua*. Madrid: Taurus.
- Draaisma, D. (1995/1998). *Las metáforas de la memoria. Una historia de la mente*. Madrid: Alianza
- Gabucio, F. (2000). Sobre mente, naturaleza y sociedad: un encuentro en los límites entre Nicholas Humphrey y Norbert Elias. *Revista de Historia de la Psicología*, 21, n. 2-3, 287-298.
- Gabucio, F. (2003). ¿Tiene sentido indagar acerca de la historia de la mente? *Revista de Historia de la Psicología* (en prensa).
- Goody, J. (1977/1985). *La domesticación de la mente salvaje*. Madrid: Akal.
- Humphrey, N. (1992/1995). *Una historia de la mente. La evolución y el nacimiento de la conciencia*. Barcelona: Gedisa.
- Olson, D. R. (1994/1998). *El mundo sobre el papel. El impacto de la escritura y la lectura en la estructura del conocimiento*. Barcelona: Gedisa
- Olson, D.R. (1997). Writing and the mind: Extravagant theories and modest facts. Invited address to the Education Faculty, University of Saskatchewan.
- Rivière, A. (2000). Teoría de la mente y metarrepresentación. En P. Chacón Fuertes y M. Rodríguez González (eds.), *Pensando la mente. Perspectivas en filosofía y psicología*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Rivière, A. (2003). Teoría de la mente y metarrepresentación. En Ángel Rivière, *Obras escogidas, vol. I: Diálogos sobre Psicología: de los cómputos mentales al significado de la conciencia*. Madrid: Editorial Médica Panamericana (compilación de M. Belinchón, A. Rosa, M. Sotillo e I. Marichalar).
- Rivière, A. y Núñez, M. (1996). *La mirada mental*. Buenos Aires: Aiqué.
- Siguán, M. (2002). *El impacto de la escritura sobre el conocimiento y sobre la cultura*. (Manuscrito no publicado).